

Maripili no se rinde, o «Los que van a morir te saludan»

O DE CÓMO SE ORGANIZAN EN COMANDOS, GRUPOS DE ACCIÓN, GUERRILLAS Y HUESTES CLANDESTINAS PARA ACABAR CON LAS TAREAS



Enrique Martínez-Salanova Sánchez

Director de Aularia
emsalanova@ono.com



Pablo Martínez-Salanova Peralta

Periodista. Ilustrador
pablomita@yahoo.com



Maripili inició su propia operación bélica contra los deberes, a pesar de no haber leído al gran estratega militar chino, el general Sun-Tzu. Ni siquiera tenía noticia de su existencia aunque coincidía con el sabio en algo muy importante. Sun-Tzu, en el primer capítulo de su famoso libro «El arte de la guerra», afirma con aires de refrán oriental que «el arte de la guerra es el arte del engaño». Tampoco conocía Maripili el pensamiento ni los escritos de Maquiavelo, aunque también hubiera es-

tado de acuerdo con el escritor y político florentino en que el uso de engaños en el arte de la guerra merece elogio. Tampoco tenía idea Maripili de la existencia, dibujos o escritos del pedagogo italiano Francesco Tonucci, *Frato*, que habla, dibuja y escribe sobre las rebeliones infantiles en las escuelas. Sin embargo, lo que le faltaba de estrategia china, artimañas florentinas o pedagogía italiana, lo había recibido Maripili con creces, por ósmosis, tras numerosos años de supervivencia en el sistema escolar. Maripili había asimilado que un trabajo clandestino, de zapa, que comiera la moral de los maestros, era el camino para una victoria. Sun-Tzu y Maquiavelo le hubieran dado la razón y Francesco Tonucci hubiera expresado con soltura algunas reflexiones, infinidad de consejos y, al menos, un par de viñetas.

Sin perder tiempo, Maripili, enérgica como siempre, estableció con rapidez un comando de chicas, que le daban mayor confianza que los chicos y se movían con eficacia e inteligencia en las trastiendas y en las redes. Rosarito, Chinami, Fátima, Kumiko, y Maricarmen establecieron el puesto de mando en el patio del recreo, en un lugar invisible desde los diferentes lugares en los que los maestros solían otear las indisciplinas. Inmediatamente orientaron todo su empeño en influir por medio de las redes en las decisiones escolares, coordinar los diversos sectores participantes, enlazar con los sistemas de apoyo, supervisar el desarrollo integral de los acontecimientos y establecer una amplia red de radiocomunicaciones.

El resto, Mijail, Abdulá, Manolín, Ricardito, Gustavín, Akira, Gutiérrez, Agustín, Bogdánov, Eduard Wellington, Arturo, Alonso el manchuria (el que era de La Mancha) y los demás chicos, bajo la batuta e instrucciones de Maripili, iniciaron con prontitud un plan concebido escrupulosamente.

Los planes iniciales supusieron un gran esfuerzo y enorme creatividad para el puesto de mando. Los letreros en tizas de colores que diariamente aparecían en la pizarra eran imaginación del vate Gustavín, al que se le daban bien los pareados. Uno cada día, para comer más la moral, aconsejó Maricarmen. El primer día, el que inició los acontecimientos líricos, Gustavín compuso su rima: «LAS TAREAS SON FEAS», que Rosarito transcribió con muy buena letra en la pizarra de la sala de profesores. La invasión en aquella sala, santuario, tabernáculo nunca jamás hollado, fue un es-

cándalo mayúsculo que obligó a *Doncarlosmari*, el director, a cerrar con llave la sala mientras en ella no hubiera maestros. El segundo día, el letrado apareció en el tablero oficial de anuncios de la escuela, el de corcho, de dos por tres metros, frente a la puerta principal, en el hall: «LOS DEBERES NO LOS QUIERES», con chinchetas en el corcho y letras de papel recortadas. La tercera ya fue de apoteosis. En el salón de actos, en un momento solemne, al abrirse el telón, cuando una invitada iniciaba una trascendental disertación sobre la necesidad de cultivar orquídeas en el área mediterránea, un inmenso letrado, al fondo del escenario, rezaba: «LOSTRABAJOS EN CASA LOS RECHAZAMOS EN MASA». Unos petardos acompañaron el guirigay que se armó. Los pareados se sucedieron durante mucho tiempo, «TAREAS DE AGOSTO, DAN EN EL ROSTRO», «TAREAS DEVACACIONES, COMBATIMOS CON PERDIGONES». El poeta ideó decenas de alulayas que fueron distribuidas por diferentes comandos en lugares estratégicos.

Doncarlosmari, que andaba con los nervios descolocados, a flor de piel, ordenó a los miembros del claustro y al personal auxiliar atención absoluta.

El colmo fue el día en que el mismo director, *Doncarlosmari*, en un acto en el que se proyectaban mediante un powerpoint imágenes de defensa del medioambiente, en una de las diapositivas, en rojo violento sobre fondo blanco, un letrado proclamaba: «POR HACER MUCHOS DEBERES, NO MUCHO MÁS LISTO ERES». *Doncarlosmari* trepó por las bambalinas del escenario.

El plan por etapas, cuidadosamente elaborado por las chicas, avanzaba de forma inevitable. El propio Sun-Tzu hubiera envidiado cómo funcionaba el proyecto, un perfecto engranaje en el que se entremezclaban técnicas de guerrilla, guerra tradicional, subversión partisana, quinta columna, espionaje e intoxicación telemática. Los tres niveles se desarrollaban sin pausa, sin errores. Maripili lo repetía como un mantra a sus secuaces: Se comienza por los pareados y literaturas varias. Se continúa con las filmaciones. Se finaliza en las redes. El cuarto nivel aún estaba por ver, pues pensar

Tampoco tenía idea Maripili de la existencia, dibujos o escritos del pedagogo italiano Francesco Tonucci, Frato, que habla y dibuja



en la destrucción total del enemigo parecía excesivo.

A los pareados se añadieron paulatinamente los trereros clandestinos en la pizarra, algunos depósitos anónimos en los pupitres, sobre todo en los de los maestros, leyendas en el tablero de corcho general, apagones de luz, mensajes en botellas, o enviados con tirachinas, con sutileza.

La segunda etapa se inició casi al mismo tiempo que los pareados, con el trabajo de Chinami, que hizo honor a su nombre ancestral, *un millón de olas*, y levantó en pie al colegio con sus filmaciones. Filmaron con sus móviles a compañeros mientras hacían sus tareas a la luz de una vela, vestidos de esclavos, efectos especiales en los que el polvo del desierto, los chirridos de las cadenas, el rechinar de ruedas y maquinarias de tormento acompañaban a los niños y niñas

Filmaron con sus móviles a compañeros mientras hacían sus tareas a la luz de una vela, vestidos de esclavos, efectos especiales...

en su diaria tortura, mientras se arrastraban por el fango, en escenas que se mezclaban con imágenes de quienes hacían las pirámides y el canal de Suez, intercaladas con recreaciones de peleas familiares, parejas sufrientes al borde de la ruptura, o de maes-

tros en la sala de profesores comiendo bocadillos de salmón. Una voz en *off*, la de Maripili, explicaba en tono profundo, trágico, los avatares de vasallaje y dependencia que sufría la infancia a manos de profesores y maestros feudales. El título del documental ya era un anticipo: «Unos tanto y otros tan poco, o quienes van a morir, te saludan, un recorrido inicial por el feudalismo y la inquisición en la enseñanza».

El día que se inició la tercera y última etapa se abrió la caja de los truenos. Como decía aquel sabio, lo importante para llegar al conocimiento es saber de qué hilo tirar. Maripili y los organizadores, sin haber leído al sabio, denominaron a esa etapa «Ariadne tira del hilo». Consideraba Maripili que por el hilo se saca el ovillo y en internet hay innumerables hilos y canales que pueden llegar a ser, con un tanto de técnica y otro poco de agudeza, el vehículo para llegar a lugares sorprendentes.

La distribución de los vídeos, en varios formatos y soportes, fue impecable. La filmación llegó de forma clandestina a los escritorios, pupitres, bolsos de calle

y bolsillos de la ropa deportiva a todos los maestros y profesores, monitores y ayudantes del colegio, a cada uno en el formato más adecuado a su disposición tecnológica, que a alguno asustó pues suponía un control absoluto y vigilancia extrema sobre cada docente y sus gustos más íntimos.

El documento filmado de la denuncia infantil llegó también al Ayuntamiento, en un paquete con el remite del director, *Doncarlosmari*, al que acompañaba una carta de presentación para el concurso de videos escolares que por tradición celebraba el consistorio, ese año, precisamente, con el título genérico: «Progreso y avance democrático en el sistema educativo local, testimonios y opiniones». Al día siguiente, de manera encubierta, el video llegó a la televisión local, al programa «Los niños son el futuro ciudadano».

Con procedimientos e inventivas de *hackers* y la ayuda de algunos ocultos amigos, Maripili hizo llegar la filmación a los correos de todos los profesores y maestros, a la inspectora Doña Josefina, *la chata*, por aquello de que le gustaba chatear, comunicarse por medio de chats y tomar chatos, al Excelentísimo Señor Alcalde de la localidad y a cada uno de los concejales del Consistorio. Y por si se quedaba corta, Maripili no dejó de enviarlo al periódico local, a algunas madres significadas de la asociación de padres, y a varias señoras de influencias en comunicación *soto voce*.

La publicación del video «Unos tanto y otros tan poco» en Youtube, significó el pistoletazo de salida para que los correos electrónicos, *wasapes* en los móviles y todos los artilugios, aparatos, sistemas cibernéticos echaran humo. Y a partir de ahí, todo quedó en manos de la red de redes, que hicieron milagros, multiplicaron el video hasta el infinito; accedieron a él internautas de todas las latitudes, que se hicieron eco de las torturas sufridas por unos indefensos niños en un colegio desconocido. Y hubo millones de visitas, cientos de comentarios e infinidad de «*me gusta*». Y se compartió, se copió y pegó, se envió y reenvió, se *tuiteó* y *retuiteó*, y el tsunami creció, se adueñó del ciberespacio y volvió en forma de tormenta tropical a un pequeño colegio en el que un director sobrepasado hubo de enfrentar la ola, la madre de todos los oleajes, el maremoto y las repercusiones y réplicas que provoca todo fenómeno violento.

Fue tal la perfección de los mensajes y la eficacia te-



lemática de los envíos que algunos pensaron que don Olegario, el joven profesor experto en TICs, se encontraba tras todo aquel entramado. Era imposible que unos niños y niñas, en plena inocencia, fueran capaces de engendrar semejante cataclismo bélico. Don Olegario se defendió, dijo que no entraba en ello, que era experto pero no pirata, educador, no adoc-trinador ni cómplice revolucionario, maestro, pero no manipulador, tutor, no forajido. Intentó en vano el maestro que *Doncarlosmari* entendiera que era un tema de educación en el colegio y no de represión infantil, y que se miraran bien la utilidad de las tareas extraescolares en la formación de la infancia. Y sugirió, no sin un punto de mala leche, a *Doncarlosmari*, que viera en las redes la cantidad astronómica de documentos contrarios a esas tareas.

Ni los acertados consejos de don Olegario, ni la convulsión social, ni las llamadas del ayuntamiento, ni los reiterados intentos de inspección de tomar contacto, ni la manifestación de madres a la puerta del colegio, movieron al director. Lo que colmó el vaso, lo que hizo que *Doncarlosmari* convocara con urgencia un claustro, fue la publicación en el periódico local de una noticia a cuatro columnas en primera plana, encabezada por el titular: «Rebelión en las aulas», al que antecedía un texto insidioso que preparaba el terreno: «Tortura infantil en nuestra ciudad» y al que seguía un subtítulo que remataba el lance: «Una revolución de niños hace tambalear un colegio». A *Doncarlosmari* aquello lo superó. Hizo caso omiso de correos, quejas de las madres, el vídeo, alguna llamada de inspección, el toque del concejal de cultura, pero lo del periódico le llevó al paroxismo. Todo se agravó cuando fotocopias del titular aparecieron en todos los tableros de corcho del colegio, incluido el de la sala de profesores, y cuando el director se los encontró a docenas bajo la puerta de su despacho, le llegaron al correo personal, a sus mejores amigos, a su pandilla y al coro polifónico en el que se desgañitaba los viernes tras una semana en la escuela. Incluso encontró una de aquellas copias bajo su almohada.

El vaso lo colmó un programa local de televisión, «A pie de calle», que al presentar el video realizado por Maripili y sus chicos, adjudicó su autoría al director y para más *inri* dio su nombre completo, Don Carlos María Buendía Paniagua, director conspicuo aunque amateur, digno de Oscar. Tras ello emitieron el video.

Un vate local recogió el guante e hizo un soneto

sobre el particular, que comenzaba, «Oigo escuela tu aflicción»; alguien del coro de los viernes quiso llevarlo a musical, con los niños del colegio; una profesora de la universidad inició una investigación sobre la influencia de las redes.

Doncarlosmari dejó las cosas en manos del destino, más aún cuando el destino venía en forma de inspectora, Doña Josefina, que notificó su llegada, que le esperaran «aunque fuera ya muy tarde, que las cosas hay que tratarlas y que no tomaran decisiones sin su consentimiento».

El claustro no solucionó casi nada, como casi siempre. Las mismas posturas, argumentos, rencillas, mensajes larvados, que en el claustro anterior, y que en el anterior. El debate se convirtió en algo enconado y tedioso y, aunque varios afirmaron con rotundidad que nada era personal, todo muy profesional, se cruzaron con frecuencia, y como siempre, descalificaciones, insultos y puñaladas traperas.

El *rifirrafe* entre doña Purita y *Doncarlosmari* fue de antología, a cuenta de lo que sucedió meses atrás, cuando los padres de Abdulah y los de Kumiko llegaron a protestar pues no entendían las tareas de sus hijos, no les podían ayudar y se creaba un agravio comparativo con otros niños; doña Purita estaba muy de acuerdo, que era una discriminación por razón de origen y nacimiento; *Doncarlosmari* interpretaba que todo eran veladas insinuaciones a su falta de idoneidad como director, y que esto no va a quedar así, que le espetó a Paquita la conserje, a la que reprochaba estar de parte de la oposición cuando debía su manutención y peculio a la administración pública. Se añadieron al griterío civilizado las llamadas de atención cada vez más acusadas de *Ade-lita*, la mamá de Gustavín porque el debate se alargaba mucho y cerraban las tiendas, la observación de Arsenio, de limpieza, de que era muy tarde y las personas que limpiaban no querían llegar tarde a casa, y de Jacinto, de seguridad, papá de Arturito, que apelaba a la seguridad de la escuela.

Cuando llegó doña Josefina, la inspectora, sofocada, con aires de guerra, nadie quedaba en la escuela. Caprichos del destino.

Tal vez continúe.

Un director sobrepasado hubo de enfrentar la ola, la madre de todos los oleajes, el maremoto y las repercusiones y réplicas

